

clásico, que era el de los literatos romanos; un latín *municipal*, lenguaje semipopular de unidad en el conjunto, usado en la vida oficial en las provincias; y un latín *rústico* sin unidad, que era empleado por el pueblo bajo y en las poblaciones rurales. El latín municipal intermedio entre el oficial y el rústico, fué el fundamento de las lenguas romances según esta opinión. De una manera análoga, abandonando sus primeras doctrinas, vino últimamente Sittl a defender una triple latinidad en esta forma: el *sermo cottidianus sive consuetudo*, ó sea el latín de las letras y de la alta sociedad; el *oppidanum genus dicendi*, ó lenguaje menos correcto usado en los municipios, empleado por los magistrados etc.; y la *rusticitas* de la gente del campo diversa en cada localidad y múltiples por lo mismo en todo el Imperio. Sittl pretende explicar por el *oppidanum genus dicendi* el lenguaje casi uniforme de las inscripciones de las provincias romanas; pero, como advierte Mohl, el verdadero latín vulgar según sus principios no puede ser otro más que la *rusticitas* polidialectal aludida. Y esto es el punto en que vienen a discrepar totalmente la doctrina de Sittl de la de Jordán en orden a la constitución del *romanismo*. F. J. Mohl (*Introd. à la chronolog. du lat. vulgaire* — en la *Biblioth. de l' Ecole des Hautes Etudes*, vol. 122) — establece como base del latín vulgar, el latín de las regiones de Italia ya alterado por la acción de los varios dialectos, sin la intervención directa del latín de las demás regiones, y propone que se denomine aquel latín *itálico* por oposición al latín *rústico* de éstas. La *peregrina insolentia*, pues, de que habla Cicerón y que aconseja ha de evitarse de igual suerte que la *rustica asperitas* (*De Orat.* III, XII), señalaría según eso lo que pudiera decirse *peregrinitas italica*, ó sea la mezcla más ó menos acentuada de elementos dialectales itálicos, del osco, ombrio, sabino etc., cuyo conjunto hubo de esparcir luego los gérmenes del latín vulgar.

Finalmente Max Bonnet (*Le latin de Grégoire de Tours*), apartándose de las corrientes hacia el polidialectismo que incluyen las anteriores opiniones, establece como tesis que el latín hablado en el imperio romano, en el cual están redactadas las inscripciones de donde brotaron las lenguas del romanismo, no es otra cosa que el latín literario articulado por la masa popular, y por lo mismo que en realidad y hablando en rigor no existe latín vulgar distinto del latín clásico, ni han lugar las gradaciones múltiples que se intentan establecer.

Si se inquieren las causas de las divergencias de estas teorías, hállanse desde luego en la falta de un legítimo criterio

para establecer la gradación de las fases de latinidad, lo cual las hace en gran parte subjetivas; en la deficiencia de comprobantes que justifiquen debidamente las diversas formas lingüísticas que se establecen, y en la vaguedad misma de la palabra *latín vulgar*, cuyo alcance no es igual para todos, ni aparece definido convenientemente, ni es posible describir sin colocarse en un punto de vista de alguna manera convencional. Todo ello hace que tengan parte legítima y aceptable todas las mencionadas opiniones y parte inadmisibles y gratuitas, según como se consideren. Así la teoría de Fuchs y Seelman envuelve el defecto grave de separar totalmente y gratuitamente el latín literario y el vulgar, pero está en la verdad al colocar como base del *Volkstalein* el latín del Lacio, de donde debían tomar colorido especial permanente todas las variantes latinas posteriores. Las doctrinas de Jordán, Sittl etc. tropiezan con el inconveniente de una doble inverosimilitud: la de hacer sucumbir los idiomas de las provincias ante el impulso desigual é inestable de un lenguaje oficial y de curia, según el primero, ó bajo la acción no menos débil é ineficaz del latín rústico, según el segundo; y la de buscar en simples latinismos *oficiales* una fundamental gradación más del lenguaje, lo cual resulta insubstancial y casi ridículo. Pero llevan la ventaja el segundo en remontar á los orígenes mismos de la colonización romana los principios del latín vulgar, y el primero en establecer fundamentalmente las concordancias del latín de las inscripciones y del latín popular como preliminar de su teoría, llegando á concluir la identidad de sus líneas generales de la latinidad vulgar y de la epigráfica de la época imperial en todas las regiones del Imperio, con lo cual aparece que el latín de las inscripciones dichas representa el latín popular de las provincias romanas en la época señalada. La doctrina de Max Bonnet hace constar la verdad de un latín primitivo centro de todo el movimiento de la lengua en las diversas etapas de su historia, pero exagerando su unidad de tal modo que es menester negar la historia misma para asentir á las aseveraciones de aquel escritor. Representa su teoría el extremo opuesto al de las que llevan á las formas varias del latín una autonomía casi absoluta, y por lo mismo su defecto está en no reconocer lo que hay de verdadero en estas teorías, como su mérito es el oponerse á las exageraciones polidialectales de las mismas.

*Tenemos, pues, en conclusión, que el latín vulgar no puede considerarse como una lengua especial formada del latín literario, ni tampoco puede confundirse con el mismo latín literario.

rio en la significación ordinaria de la palabra. Son las fases históricas diversas por más de un concepto que ofrece la lengua propia de la región antigua del Lacio al propagarse entre los demás pueblos itálicos primero, y al extenderse luego á las provincias del Imperio, en cuanto se refieren á la misma latinidad en su tipo primitivo. En el latín vulgar no puede buscarse unidad histórico-genética ni unidad léxica, por cuanto las etapas de esta latinidad vulgar tienen su razón de ser en el contacto lingüístico del latín con idiomas de otros pueblos, el cual ni ha sido simultáneo en las regiones sucesivamente subordinadas á Roma, ni ha estado sujeto á las mismas vicisitudes, ni finalmente podía producir iguales fenómenos de alteración siendo tan diversa la condición de los idiomas con que hubo de encontrar el lenguaje romano. La historia, pues, del latín vulgar comienza con la historia del viejo latín del Lacio al extenderse entre los dialectos itálicos; de aquí nace primero una como contaminación del latín con dichos dialectos, luego una asimilación según el carácter de éstos, y finalmente una cierta absorción del latinismo, con lo cual se originaron las variantes que podremos llamar dialectos latino-itálicos, formados á semejanza de los tipos absorbentes, pero que en último término señalaban el triunfo definitivo del latín y abrían el camino de la corrupción y de la extinción para los lenguajes antiguos. El latín entre los pueblos sabélicos comenzó su influencia marcada antes de la *Guerra social*, por lo menos como lenguaje oficial, según lo demuestran multitud de inscripciones aducidas á este objeto por Mommsen, sin que llegase á dominar por completo, sin embargo, y sin excluir el uso de las lenguas de dichos pueblos en la vida común, de lo cual quedan pruebas concluyentes en la epigrafía *prelatina* de los sabelios. El ombrio entró sin dificultad en alianzas con la lengua del Lacio, las cuales eran facilitadas por las circunstancias de los pueblos que hablaban aquel lenguaje y por las afinidades del mismo con el latín. Fijar la cronología de transformación lingüística, es cosa muy aventurada, y acerca de la cual sólo se procede por conjeturas. El osco fué sin duda entre los dialectos itálicos el que más se resistió al influjo latino, continuando su dominio pujante aun en el tiempo de la *Guerra social*, y ejerciendo después de ella influencia bastante duradera, aunque quebrantada paulatinamente por las invasiones latinas que al fin hubieron de rendirlo.

Mientras así se efectuaba la latinización de los pueblos itálicos llevados por un movimiento insensible hacia la unifica-

ción lingüística, en las otras provincias del Imperio tendiase á realizar la misma unificación por el procedimiento contrario, imponiendo el latín con carácter oficial, y tratando de expulsar los idiomas indígenas por medios calculados que desde los tiempos de Augusto se emplearon constantemente. La substitución de lenguajes en Italia como más natural y espontánea, fué lenta y tardía; la que se ensayó en todas las regiones de la *romania*, artificial y estudiada, llegó pronto á realizarse de una manera casi absoluta; en el tiempo que corre desde el siglo I al IV de la Era cristiana consiguióse latinizar aún las provincias más lejanas del Imperio, pudiendo decirse que á la caída de éste habíase acabado la obra de latinización, siquiera quedasen raros ejemplares de lenguas anteriores, de los cuales algunos, como el vascuence en España, viven todavía. Esta misma manera artificial y rápida de romanización de las provincias contribuyó no poco á que las lenguas bárbaras para los romanos, ejerciesen influencias harto transitorias sobre el latín, y en grado muy inferior al de los dialectos itálicos sobre dicho idioma. Mucho se ha escrito y hablado, á fin de explicar la formación del latín vulgar, por las contaminaciones léxicas y fonéticas de éste con las lenguas indígenas en la vasta dominación romana; pero es lo cierto que los esfuerzos y solicitud de los romanistas en sorprender reminiscencias célticas, ibéricas, púnicas, etruscas etc., sólo han servido para evidenciar que si estos idiomas singularmente el céltico por sus afinidades con los dialectos itálicos, han determinado la elaboración de ciertas formas del latín vulgar y han influido en la onomatología geográfica, ha sido muy escasa la importación de sus elementos para constituir la lengua general del romanismo. Es esto un hecho que merece ser tomado en cuenta contra las afirmaciones corrientes, y en el cual se han fijado ya Thurneysen (*Keltoromanisches*), Schuchardt (*Litteraturblatt Germ. Roman. Phil.* —1885—) y últimamente F. G. Mohl (*Chronologie du lat. vulg.*).

Sin negar el influjo, más transitorio que permanente, de las lenguas anteriores á la invasión del latín (1) al encontrarse con

(1) Sería extremar las cosas en demasía negar como hace Mohl (ob. cit.), toda acción fonética sobre el latín al habla de cada pueblo sujeto á la dominación romana; pues la lengua que al salir del Lacio pudo ser influida por los dialectos itálicos, como el profesor de Praga reconoce y es evidente, también al salir del territorio itálico, pudo igualmente experimentar el influjo de extraños lenguajes, siquie-

éste en las comunicaciones de la vida oficial y de la vida común en labios de la masa popular indocta, el análisis léxico no permite dudar que la latinidad se impuso en definitiva casi sola sobre los demás idiomas, con las alteraciones que ya antes había experimentado al contacto con los dialectos itálicos; y la fonética histórica conducenos también a la conclusión de que los principales fenómenos en la alteración de sonidos latinos, no son producto de las lenguas habladas en las provincias que hubieron de constituir la romanía, sino que antes aparecen ya en la latinidad de Italia, de donde se difundieron con las invasiones militares, imposiciones legales y de administración, y por todos los medios que pusieron en contacto la población itálica con el resto del Imperio. Significamos con esto que así como existió una *prioridad histórica* en la alteración del latín del Lacio al contacto con los dialectos itálicos, de igual suerte el alterado latín itálico obtuvo *prioridad histórica* en la formación de los dialectos románicos y sobre las lenguas preexistentes

ra no haya perfecto paralelismo de condiciones en uno y otro caso. Por eso Schuchardt, poco partidario del dominio léxico céltico, atribuye a éste (*Gröbers Zeitschrift*, 1880) influencias fonéticas importantes que se dejaron sentir hondamente en el romanismo. Gröber en su *Grundriss I*, habla en el mismo sentido. Por su parte Hirt (*Indogerum. Forschungen*) escribe, no sin exagerar un tanto las influencias de las lenguas *pre-románicas*: "Wir haben jetzt das Spanische, das Französische, das Italianische u. s. w., die sich aus dem Lateinischen entwickelt haben. So viel Dialekte es hier vor der Einführung der neuen Sprache gegeben hat, so viel Dialekte muss es auch nach her gegeben haben. Der Spanier konnte eben nur ein Spanisch-Romanisch (besser: Ibero-Romanisch) sprechen, und der Kelte ein Keltisch-Romanisch (genauer, Gallo-Romanisch) u. s. w." Traduciendo casi los anteriores conceptos, dice W. Forster (*Caus. philolog.* — *Bullétin de la Soc. Ramond* — 1898): "On parlait en Espagne l' Ibère, en France le Gaulois, en Suisse le Rétois.... Mais précisément cette langue primitive, tout-à-fait différente du latin, explique la différence de l' espagnol, du français, du rétoroman, de l' Italien...." De conformidad con esto afirma Windisch (*Grundriss de Gröber, I*): "Es ist selbstverständlich, dass die lateinische Sprache im Munde der Römer und in Munde der Eingeborenen je nach dem Laude einen dialektisch verschiedenen Charakter annehmen musste.... Schon die lateinische Volkssprache Südgalliens war verschieden von der Nordgalliens und beide verschieden von der Spaniens und der Italiens." Sobre lo cual concluye Hempl (*Transactions etc. of the Amer. Philological Association* 1898): "That we have here the explanation of much of the difference between

tes respecto de muchas alteraciones fonéticas del latín de provincias; las cuales alteraciones, como debidas a influencias análogas, pudieron con facilidad ser adoptadas y aún ampliadas en cada país, principalmente donde el habla romana venía a encontrarse con los idiomas mismos (como el celta) que en Italia ocasionaron ó cooperaron a la transformación latina. De esta suerte hubo de ser el latín itálico, y no las lenguas de cada región, la causa más activa al mismo tiempo que la más natural, en la formación de las lenguas vulgares.

Aunque no pueden reducirse a cuadros bien definivos las varias etapas del latín vulgar, fijándonos en sus principales manifestaciones cabe aceptar esta división en períodos, que tienen su base histórico-filológica: 1.º El período de formación de los dialectos latino-itálicos. 2.º El período de constitución y

the Romance languages of Spain and France and Italy. Y habe no doubt." De igual manera piensan Meyer-Lübke, G. Paris, H. Suchiery Axel Kock, en otros muchos. Este último fijase como en dato significativo para apreciar las mutuas influencias céltico-latinas, en el hecho de ser hijos de mujeres celtas y por ellas educados, la mayor parte de los descendientes de las primeras Colonizaciones romanas. Y blandade äktenskap talade väl padren oftast latin, escribe en su *Om Sprakets förändring*, modren liksom större delen af omgifningen för öfricht sa väl sin inhemska keltiska munart som ett med keltiska ljud upeblandadt latin. Under dessa förhallanden fick latinét hos nästa generation naturligtvis en stark färgning af keltiska ljud." Para apreciar, sin embargo, en su justo medio las anteriores afirmaciones y otras análogas, es necesario distinguir, según el criterio que señalamos en el texto, el punto de vista *histórico* del punto de vista *glotológico*. *Glitológicamente* las influencias en especial fonéticas de los dialectos prelatinos en el latín son indudables; *históricamente* no puede decirse que todas hayan tenido principio en los puntos donde se hallan y podían originarse; antes es verdad que en gran número han sido importadas con el latín mismo ya transformado anteriormente a su final expansión, y ejercieron su dominio después de una manera connatural y regular. "Nella Italia inferiore sotto il latino, dice C. Nigra (*La poesia popul. ital. — Romania* — V) non v' è substrato se non Italico; nell' Italia superiore sotto il Latino v' è un substrato Celtico.... Adottando la lingua dei vincitori, i Celti dell' Italia superiore pigliarono in sostanza, com' era naturale, il fondo lessicale e le forme grammaticali Latine etc." ¿Quién puede dudar de que este latín así influido por el celta, al salir de Italia llevó consigo todas sus ingerencias fonéticas, y que por lo mismo al llegar a otras regiones de lengua céltica lejos de *recibir*, hubo de *dar* ya hecho gran parte de lo que en otro caso pudiera formarse tardamente allí con el nuevo contacto lingüístico?

conformación general del latín en Italia. 3.º El periodo de conformación general del latín en el Imperio. 4.º El periodo de descomposición del latín vulgar imperial. El primer periodo se extiende desde que el latín sale del Lacio por las regiones itálicas hasta la *guerra social*, durante el cual se fracciona con alternativas varias la lengua latina al ser asimilada, sin asimilar, en lucha con la acción de los dialectos itálicos. El segundo periodo comprende desde la *Guerra social* hasta Augusto, y está caracterizado por la acción y reacción mutua de los dialectos itálicos y del latín del Lacio, cuya natural consecuencia fué el quebrantamiento de éste y de aquéllos, señalándose con ello la generalización y multiplicación de formas claramente *itálicas*, las cuales de una parte abrían decisiva brecha en los dialectos, y de otra triunfaban sobre las formas propiamente latinas, suplantándolas como lengua popular. El tercer periodo alcanza desde Augusto hasta últimos del siglo III y principios del IV; su carácter significase por la tendencia á hacer refluir sobre el latín itálico vulgar las formas del latín literario, ya perfectamente sistematizado, provocando una restauración unitaria en Italia; y fuera de Italia, en las provincias romanas, señalase por la influencia sistemática del latín oficial y administrativo sobre casi todos los idiomas del Imperio, hasta constituirse en lenguaje ordinario de los principales centros coloniales y semiordinario en las dependencias de éstos. El cuarto periodo, finalmente, abraza desde comienzos del siglo IV hasta la caída del Imperio, y durante este tiempo la unidad lingüística que más ó menos perfectamente se había realizado, se altera y descompone á medida que menguan los prestigios de Roma y el ascendiente de sus leyes y de su idioma. La decadencia romana, la amplitud casi autonómica de administración en las provincias, la translación de la capital del Imperio á Bizancio, y la tendencia de los pueblos bárbaros no bien latinizados á prescindir del habla impuesta, hicieron se rompiese el vínculo de la unidad latina y brotasen al punto por natural expansión multitud de dialectos que ocasionaron sucumbiese luego el habla romana (1).

(1) Fara formar concepto de la evolución del latín y de los caminos que ha seguido en su historia, ya que ésta no se haya conseguido hacer todavía, merecen consultarse: Holtze, *Syntax. prisc. scrip. lat.*; Stolz, *Historische Gramm. d. latein. Sprache.*; Mohl, *Introd. á la Chronolog. du lat.*; Sittl, *Die lokal. Verschiedenheiten d. lat. Sprache.*; Fuchs, *Die roman. Sprachen in ihren verhältn.*

«Los diplomas, dice Mohl (*Chronologie etc.*), que se remontan en Francia al año 528, en Italia á 513, en España á 547, nos ofrecen con el material epigráfico, las primeras fuentes direc-

zum Lat.; Planta, *Gramm. d. oskisch-umbrischen Dialekte*; Tocilescu, *Dacia inainte de Romani*; Pais, *La Sardegna prima del dominio romano*; Zvetiaiev, *Inscriptiones Ital. infer. dialect.*; Conway, *The italic dialects.*, y los estudios sobre *inscripciones itálicas* de Fabretti, sobre los *dialectos de la Italia inferior* de Mommsen, sobre el *ombrio* de Kirchoff y Aufrecht, sobre el *falisco* de Garrucci, sobre el *osco* de Euderis, Zwietaief etc. Vendryes, *Recherches sur l'hist. etc. de la intensité innit. en lat.*; Lindsay, *Die latein. Sprache* —tr. alem. de Nohl—; v. asimismo el *Manual lat.* de Dizksen, la *Sintaxis hist. lat.* de Draeger, la *Itala y Vulg.* de Ott, la *Hist. del lat. ecles.* de Koffmann, la *Itala y Vulgata* de Rönsch, el *Grundriss* de Gröbrer entre otros muchos trabajos que permiten seguir las alternativas del latín en su crecimiento y decadencia. Después de la labor clásica en la *Gramática comparada* de las lenguas romanas de F. Díez, se nos ofrece el trabajo más notable por la precisión y exactitud acerca de todos los resultados adquiridos hasta ahora en la materia, en la obra de W. Meyer-Lübke, *Die latein. Sprache in den rom. Ländern.*

La decadencia de la lengua latina y su transformación presenta en general sus semejanzas y analogías con la transformación y decadencia de la lengua griega desde la reducción dialectal en el *koiné dialektos* (el latín le tuvo igualmente en la unificación latino-itálica) hasta el desarrollo completo del helenismo *romaico*, con las diferencias consiguientes á las contingencias etnológicas y sociales de uno y otro idioma. La escuela *conservadora*, especie de reacción que ambas lenguas han tenido antes de su postración definitiva, se ha sostenido en la lengua helénica bastante mejor que la del idioma latino. La escuela *aticista*, en efecto, nacida al declinar el griego antiguo ejerció sus influencias hasta el siglo XII por lo menos; mientras la escuela ciceroniana formada también al perderse el clasicismo latino, no ha sobrevivido á las catástrofes del siglo V.

Bien conocido es el procedimiento antiguo en uso entre los gramáticos latinos después de Varrón, de hacer derivar el latín del griego, hasta señalándose el dialecto helénico de donde provenía, á saber el *eólico*. Con el advenimiento de la Gramática comparada quedó patentizado que estaba el latín muy lejos de proceder del griego, como éste de ser originado por el sánscrito, sino que los tres tenían un centro común del cual dimanaban también los idiomas germánicos, célticos, leto-eslavos y eranos. Esto no ha impedido que se sostuviese la opinión de que la lengua griega y los dialectos itálicos incluido el latín, formaban una rama particular dentro de la familia á que pertenecen, designada con el nombre de rama *greco-itálica* (v. sobre esto Stolz, *Hist. Gramm. der lat. Spr.*;

tas de la historia de las lenguas romanas después de la caída del Imperio romano». Por su parte Gröber (*Arch. lat. Lex.*) hace notar la época en que estos mismos pueblos cesan en abso-

Schrader, *Sprachvergl.*; Kretschmer, *Einleit. in die Gesch. d. Griech. Spr.*). Esta hipótesis que ha tenido y conserva todavía seguidores, no es en manera alguna admisible; porque si bien existen relaciones innegables entre el griego y el latín, ni el latín ni el griego las ofrecen como peculiares y exclusivas entre ambos idiomas, sino que por uno y otro se extienden aquéllas á las otras lenguas de la familia; así el griego, relacionado con el frigio y con otras lenguas antiguas del Asia Menor, guarda además tanta proximidad con el persa y sánscrito como con el latín; y el latín á su vez está más íntimamente unido á los dialectos célticos que al mismo griego. Tan es así que entre otros, Bradke (*Beitr. zur Kenntnis d. vorhist. Entwickl. uns. Sprstamme*) no vacila renovar la teoría de Schleicher sobre la unidad *greco-italo-céltica*, por la imposibilidad que hay en separar del celta la supuesta rama greco-italica. Pero la triple unidad de Bradke lejos de resolver nada, viene á complicar cada vez más el problema con el miembro lingüístico añadido, el celta, el cual no de otra manera que el grupo itálico, está abiertamente enlazado con las lenguas germánicas y leto-eslavas. De otra suerte toda idea de una rama greco-italica por la cual se pretenda establecer otros vínculos que los comunes á toda la familia entre el latín y el griego, aparece imposible; pues ó hay que negar la unidad de lenguas evidentemente emparentadas, ó es fuerza reconocer que el parentesco greco-italico ó greco-italico-céltico no es otro que el que resulta del tronco común ario, siquiera se revele aquél más acentuadamente en algunos casos.

Hemos mencionado el frigio refiriéndonos al griego, porque cualquiera que sea la naturaleza de aquel antiguo idioma, sus relaciones con la lengua griega vienen á multiplicar graves dificultades para la constitución de una rama *greco-italica*. Aunque hoy fragmentario el material lingüístico del *frigio* y *tracio*, es lo suficiente abundoso para juzgar por su carácter fonético y morfológico su parentesco helénico, sobre todo en las inscripciones que en no pequeño número se han descubierto y analizado por muchos después de Ramsay y Körte (cf. Stewart, *Ancient Monuments of Lydia and Phrygia*; Texier, *Descript. de l' Asia Min.*; Dumont-Homolle, *Mélanges d' Arch. et d' épigraph.*). Según P. de la Garde y Gosche el tracio-frigio debe clasificarse entre las lenguas eranas, opinión desechada luego que el estudio de las inscripciones vino á aclarar su fonética, y que aun antes de tales estudios fué impugnada por Fick, quien se inclina á colocarle en el grupo germánico. Pauli propúsose restablecer la opinión de Lagarde por medio de datos epigráficos, pero sin base sólida, y utilizando para suplir las deficiencias de las inscripciones en frigio antiguo, las formas del neofrigio. Hirt coloca el fri-

luto en sus relaciones con la corte de Constantinopla, y son completamente dueños de sus idiomas, lo cual tiene lugar para Francia por el año 538, para España entre el 615-623, para Ita-

gio en la línea del lituano, eslavo y albanés, con fundamentos no menos inestables que los anteriores. Más acertado nos parece el criterio de Kretschmer, quien le atribuye una forma propia en el sentido en que se le da al tipo griego, itálico etc., y le constituye de este modo relacionándose con los idiomas circunvecinos de la Frigia, entre los cuales está el griego. Los reparos que pueden hacerse á esta opinión son los correspondientes á la *teoría de las ondas* en la familia aria, de la cual teoría hablaremos oportunamente, y que aparece empleada en nuestro caso; pero ello es indudable que los hechos aquí hablan más en favor de nuestra opinión que de ninguna otra, y que ellos, comenzando por el vocalismo frigio y griego, siguiendo sus procedimientos fonéticos, los paralelismos de conjugación etc., evidencian afinidades lingüísticas innegables entre ambos idiomas, las cuales son confirmadas por otros datos de su religión, tecnicismos y prehistoria.

Eslabonado íntimamente con lo dicho está el problema más general de los orígenes de los pueblos y lenguas de toda el Asia Menor, harto discutido y no solucionado con certeza. A mediados del siglo XIX sostenía Bötticher en su *Arica* el origen ario de las lenguas de dicha región, exceptuando la de la Lidia, Frigia y Misia; casi la inversa de lo que más tarde hubo de prevalecer. Lassen hizo la división de aquellos pueblos en semíticos y arios, colocando desde luego entre éstos á los frigios; doctrina que en principio fué aceptada por Duncker, si bien dando preponderancia al semitismo. Por el contrario Lagarde y J. Meyer restringen el semitismo en favor de la influencia antropológica y glotológica aria. Por último vienen las opiniones medias como la Kiepert que admite la existencia de un nexo ario-semítico antropológico y lingüístico en el Asia Menor como base del desarrollo histórico en dichos dos órdenes, y la de Tomaschek que supone dos ramas distintas de pobladores primitivos, una de las cuales alcanza á los griegos. Mucho más lógico hubiera sido y de no improbable verdad colocarse en el terreno presemítico y preario, ya que no faltan idiomas que á él conducen como hemos visto al hablar del asirio, para justificar analogías y paralelismos de otra manera inexplicables.

De todos modos la complejidad de relaciones ya ciertas ya probables que se descubren entre la lengua griega y otros idiomas es innegable, y bastante por sí sola para hacer fracasar la opinión de una rama greco-italica, excluida además por razones étnicas y relaciones múltiples antropológicas del Asia Menor, ajenas á la unidad italo-greca, como hacen observar, entre otros, Hommel, F. v. Luschan y S. Reinach, siquiera no sean idénticas sus apreciaciones sobre el particular.

lia en 650, cuando el Emperador abandona las últimas islas de población romana de su dominio en Occidente.

Mientras así parecían dormidas las energías del espíritu para las investigaciones comparadas en los eruditos del clasicismo, iniciábase en otra parte un movimiento digno de no dejar inadvertido, por el eficaz auxilio que vino á prestar á la Glotología. Con el advenimiento de las políglotas, y las respectivas gramáticas que regularmente eran parte de los Aparatos bíblicos; con la creación de cátedras de lenguas orientales al lado de las de griego y estudios de latinidad, y con el conocimiento de nuevos idiomas de que traían noticia los misioneros, llegó á formarse un núcleo de doctrinas gramaticales que no tardó en llamar la atención de los eruditos y adquirir desarrollo.

Dió este género de estudios origen á dos órdenes de investigación: unas sobre la lengua primitiva y otras sobre las relaciones posibles de los idiomas, que insensiblemente llegaron á sistematizarse, y que constituyeron hasta el advenimiento de la Gramática comparada los problemas trascendentales de la lingüística.

Dicho se está que cuantos se han dedicado á inquirir cuál fuese la lengua primitiva, estaban muy lejos de pensar en los procedimientos actuales de investigación fonética y analítica; por esto no era objeto de sus estudios el primer tronco lingüístico filológicamente considerado, sino el idioma primero desde el punto de vista histórico. Los que prescindían de las nociones bíblicas identificaron generalmente los estudios del lenguaje primitivo con los del origen del lenguaje; así que las teorías no revelacionistas solían ser en este punto expresión de las ideas filosóficas que cada uno profesaba, reproduciendo ora la doctrina del sim-

bolismo platónico, ora la onomatopeica de Epicuro ú otras; teorías repetidas en nuestros días, y aumentadas con otras más inverosímiles, como la del período *remático* (en el sentido de la existencia de raíces no palabras) ó de la de Alejandro Murray que pretendía derivar todas las lenguas de los nueve célebres sonidos que estudia en su *History of European languages* (1). Los seguidores de las doctrinas bíblicas tenían mucho adelantado con los principios revelados, supliendo la parte doctrinal discutible en cuanto al lenguaje, las opiniones de los comentaristas que entonces privaban. Fundándose en una de estas interpretaciones que no por más comunes eran menos inseguras, se sostuvo por muchos que en la confusión de Babel no había desaparecido la lengua primera, aunque entonces habían nacido todas las demás. De ahí las investigaciones tan mal dirigidas como infructuosas sobre la lengua primitiva.

En este linaje de exploraciones los comentaristas y teólogos se han decidido por el hebreo ó por el caldeo, no sin reparos y contradicciones por parte de muchos. Otros han excogitado diversas hipótesis: Juan Webb publicaba en Londres en 1669 su *Ensayo sobre que la lengua china es la lengua primitiva*, que reproducía diez años después (1679) en su *Antiquité de la Chine*. Du Perron sacaba á luz en 1704, su *Antiquité de la nation et de la langue des Celtes* sosteniendo que es el celta la lengua primitiva, que fué también opi-

(1) Son los nueve monosílabos: *ag, wag, hwag, bag, bwag, dwag, cwag, lag, mag, nag, rag, swag*. Diríase, por lo extravagante, que esta teoría fué inventada hace diez siglos; pero otras hipótesis se han formulado que no le van en zaga á la de Murray; Dugald Stewart p. ej. (y pudieran añadirse otros varios menos conocidos) no ha tenido reparo, después de publicados los principales estudios sánscritos y algunos de Bopp, en afirmar que el sánscrito es una mezcla de mal griego y mal latín, citando á Court de Gebelin y á Desbroses como suprema autoridad en materias lingüísticas.

nión de Latour d' Auvergne. Pedro Erico dió la primacía al griego, Reading al etiópico, Bishorn y Svamaise, al scita, J. Hugo al latín. Los escritores judíos, los siriacos y aun los árabes reclaman la primacía para sus respectivos idiomas, y son bien conocidos en España los defensores del vascuence como lengua primitiva, Larramendi y Erro; como no han faltado quienes dieron este honor al sueco, al flamenco, etc., fantaseando cada cual á su manera en este punto. Entre todas estas encontradas opiniones ha prevalecido la teoría del hebraísmo que reunía los sufragios de judíos y cristianos en muy crecido número, y sobre la cual filólogos como Justo Lipsio, han fundado muchas de sus especulaciones.

La riqueza de datos lingüísticos reunidos por los misioneros y hombres doctos que en sus viajes tuvieron ocasión de conocer remotos idiomas, la comparación de los cuadros y listas que de esta suerte fueron formándose y aglomerándose en academias y bibliotecas, la mayor ó menor analogía que las primeras oraciones cristianas ofrecían en las diversas lenguas, en especial las colecciones políglotas del *Pater Noster* (que han servido no poco á filólogos modernos), fueron gran parte á determinar el movimiento de *clasificación lingüística*. Ya en 1518 publicaba Bibliander en Basilea un tomo en 4.º *De ratione communi linguarum*. Años después (en 1555) sacaba á luz en Zurich Conrado Gesner, en un volumen en 8.º, su *Mithridates, de differentiis linguarum*, obra publicada más tarde (en 1610) por Gustavo Wasser, no sin pretender atribuirse lo poco bueno que hay en ella. Jerónimo Megister compuso su *Thesaurus polyglottus* (1592 en 8.º), especie de diccionario en que reunió voces de más de cuarenta dialectos y lenguas, y Guichard publicaba en 1606 la *Harmonia etimológica del hebreo, caldeo y siriano*. Dentro de este mismo género, el *políglotismo*

bíblico fué gran parte para determinar el movimiento de lingüística comparada tal como por entonces llegó á privar en los centros del saber (1).

La determinación del Concilio de Viena (1311) sobre la enseñanza lingüística en las Universidades, y la invención de la imprenta dispuso el camino á las *Políglotas*, cuya importancia, como medio comparativo, no puede ser discutida. En el último tercio del siglo XV, y cual preparación de los grandes trabajos bíblicos políglotas, aparecen: el Salterio hebraico sin puntos vocales de Reggio; el Pentateuco con puntos de Bolonia; los Profetas con el texto sin puntos de Soncino, y, omitiendo otros, la primera biblia hebraica completa, con puntos vocales, de Soncino, y la menos correcta de Brescia, sobre la cual se hizo la traducción de Lutero. En los comienzos del siglo XVI publicó Aldo Manucio el primer ensayo polígloto en tres lenguas, hebreo, griego y latín (1503); en 1516 apareció el Salterio polígloto del sabio obispo Justiniani, quien se disponía á publicar el Nuevo Testamento polígloto, cuando sobrevino su muerte. Apenas salido á luz el Salterio de Justiniani, siguióle la gran políglota *Complutense* (comenzados los trabajos en 1502, la impresión en 1514, terminada ésta en 1517, y publicada la obra

(1) Además de las mencionadas, publicáronse en el siglo XVI las obras comparativas: *Introd. in chald. linguam syriac. atque armenicam, et decem alias, linguas*, de Teseo Ambrosio. *Dialog. de linguae gallicae origine ejusque cum graeca congnatione lib. quatuor*, de Pierión; y el *Traité de la conformité du langage françois avec le grec*, de Enrique Estéfano. Pierión deriva el francés del griego, mediante la lengua de los Druidas, que dice hablaban griego también: cosa parecida sostiene Bibliander, quien además aproxima el armenio al caldeo y el persa al siriano y al hebreo. En cuanto á E. Estéfano, injustamente se le ha acusado, como dice bien Max Müller, de derivar el francés del griego, cuando trata sólo de hacer ver las mutuas relaciones gramaticales de ambos idiomas.

En el siglo XVII Claudio Duret reproducía (como nota Hervás, *Catálogo de las lenguas*, etc.) los errores de Bibliander y de otros escritores del siglo XVI, en su *Tresor de l'Histoir des langues de cet univers*. Guichard distinguía ya en su *Harmonia Etimológica* cuatro grupos de lenguas —hebreo, caldeo y siriano —griego— latín, francés italiano y español —alemán, flamenco, inglés etc. Para Guichard el griego procede del hebreo. En el mismo siglo dividió Escalígero las lenguas europeas en once clases, en su *Diatribé de Europaerum linguís*.